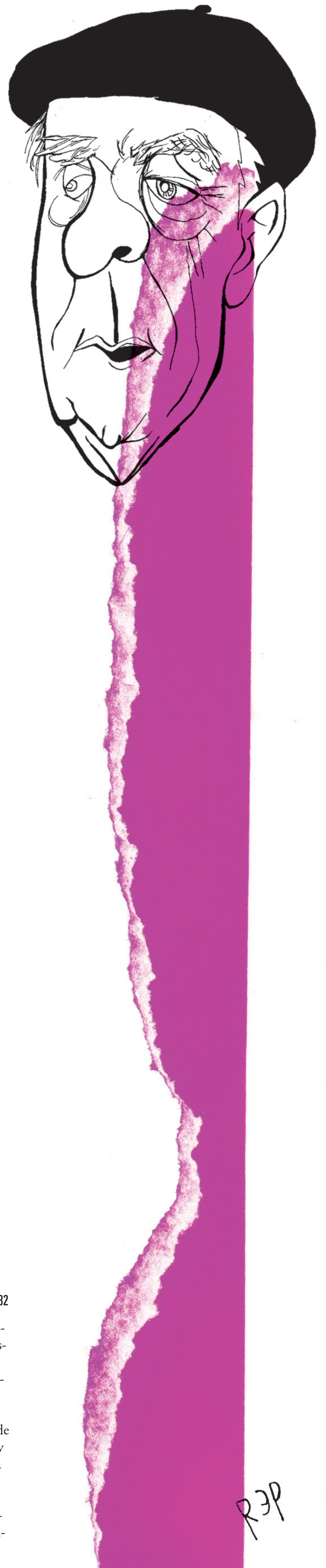


heinrich böll

A. Leslie Willson, 1982

Después de cruzar en tren los verdes campos y praderas del sur de Colonia, el entrevistador descendió en la pequeña estación de Merten y le dio una dirección al taxista. “Ah, usted va a ver a Böll”, fue el comentario inmediato. La dirección correspondía a un edificio de ladrillo de tres pisos, sin adornos peculiares, e inclasificable. Después de una breve espera junto a una puerta de madera sin aldaba, un hombre calvo y de expresión vivaz le hizo señas al entrevistador desde arriba, e indicó: “Empuje la tabla de arriba hacia la derecha”.

Una vez adentro, Heinrich Böll dio la bienvenida al entrevistador con un afectuoso apretón de manos, le presentó a Annemarie Böll –su esposa y colaboradora durante casi cuarenta años– y lo hizo pasar a una sala oscura repleta de sillas y sillones. Böll acababa de vender su residencia de muchos años en Colonia para mudarse cerca del Lamuv Verlag, la empresa de uno de sus hijos, donde suele colaborar con el editor novel como editor y asesor.

El escritor, que llevaba puesto un traje arrugado sin corbata, se movía con lentitud y hablaba suavemente. Cuando ambos, entrevistador y entrevistado, se pusieron cómodos, Böll se inclinó hacia adelante y dijo: “Conversemos, simplemente”. Esa sugerencia marcó el tono de la relajada charla que mantuvieron después.